

¿No te lo había contado?

Kelly Dreams



Relatos



Cortos

LA PRESA

Kelly Dreams

Sus pasos resonaban con fuerza sobre el largo pasillo de mármol oscuro, el aire se colaba entre las desnudas paredes de pilares trayendo el olor de las flores de los jardines. El sol había empezado a ocultarse en el horizonte coloreando el cielo de rosas y naranjas, en cualquier otro momento le habría gustado saberse en casa, pero no hoy, no ahora.

Giró a la izquierda en el siguiente cruce de pasillos, todavía tenía una tarea pendiente antes de poder dedicarse a

descansar y pensar con cuidado la mejor manera de llegar a esa pequeña bruja que lo tenía hechizado.

Empujó con desgana las pesadas puertas de su habitación abriéndolas por completo, su mandíbula se tensó, sus ojos adquirieron un peligroso brillo de crueldad y su voz sonó fría y mortal cuando dejó escapar la imperativa orden al verla ocupada; esta noche no estaba de ánimo para ese tipo de placeres.

—Fuera.

Reclinada sensualmente sobre la cama y cubierta apenas por unos velos negros a modo de vestido, estaba una de sus últimas amantes. De estatura mediana,

cremosa piel blanca y un espeso pelo negro la había encontrado tan atractiva como lujuriosa, pero ahora no estaba de humor ni siquiera para verla delante de él.

—Mi señor... —ronroneó ella incorporándose lentamente de manera sensual—, os he estado esperando.

Los exóticos ojos marrones de la mujer brillaron con lujuria al posarse sobre su cuerpo, podía leer sus pensamientos reflejados en sus ojos. Una sensual sonrisa empezó a estirar sus labios al ver que él se acercaba a la cama, pensando que ya era suyo.

La daga bajó con fuerza y se hundió en

el colchón justo al lado de su oreja derecha asustándola mortalmente, el aire quedó aprisionado en sus pulmones mientras abría los ojos con desorbitado terror.

—¡Fuera! —gruñó.

—He dicho fuera —respondió dejando escapar el aire entre dientes a escasos centímetros de la cara de la mujer, su enorme cuerpo la cubría casi por completo, pero sin llegar a tocarla.

La mujer apenas pudo dejar escapar un jadeo como respuesta, sus ojos lo miraban atónitos y aterrorizados, el tenue rojo que había cubierto sus mejillas hacía apenas un instante era

ahora de una palidez total, al igual que su cara.

Con un fluido movimiento de la mano arrancó el puñal que había clavado en el colchón dejando escapar un seco gruñido, aquello era todo lo que necesitó esa hembra para recuperar el aliento, pelear para salir de debajo de él y escapar hacia la puerta abierta como alma que lleva el diablo.

Soltando una maldición, golpeó con fuerza la cama siseando al ver como había salido huyendo la doncella.

—Estúpidas mujeres buenas para nada
—masculló una vez más volviéndose mirando hacia la puerta.

El recuerdo de unos desafiantes ojos verdes acudió a su mente. Había visto tanta inocencia en ellos, tanta calidez. Maldita fuera. Cerró los ojos con fuerza al recordar el momento en que la vio por primera vez, el aliento se le había escapado de los pulmones dejándolo vacío de aire. Era ella, la cadencia musical de su voz, el sinuoso movimiento de su cuerpo, su esencia... los recuerdos de las visiones habían regresado a él abofeteándole. La conocía, conocía el tacto y el sabor de su piel, el sonido de su voz bordeado de pasión, la dulzura y suavidad de sus pequeñas manos... así como conocía las lágrimas que corrían por sus mejillas y que hacían que su estómago se encogiera

de dolor. Visiones, sueños de una mujer de carne y hueso que se había plantado antes él y se había atrevido a desafiarle.

—Maldita sea, ¡Es mi presa! —

masculló lanzando la daga que tenía en la mano clavándola con un sordo golpe en el cabecero de la cama.

Le habían encargado la misión de matarla, y había fallado estrepitosamente, aquella maldita mujer no solo se había burlado de él y de sus tácticas, había tenido la osadía de compadecerlo, de perdonarlo... a él... ¡ni más ni menos que a él!

Sus pequeñas manos se habían posado un momento sobre las suyas provocando

que sus ojos se inundaran de miedo, dolor y una soledad tan grande que nadie que no hubiese estado tan abandonado como él podría haber entendido. ¿Qué habría visto ella?

Soltando un nuevo juramento recorrió la habitación de un extremo a otro deteniéndose en uno de los amplios ventanales que daban al patio. No le gustaban los lujos, no los necesitaba, aún así la habitación estaba ataviada con toda clase de comodidades. Una cama, un arcón a los pies, alfombras cubriendo los suelos y cortinas que se movían con la brisa de la cercana noche. Una buena colección de armas reposaba sobre una especie de vitrina de mármol, lujos que

no quería ni necesitaba. Con un último vistazo a la daga que permanecía clavada en el cabezal de la cama, volvió a recorrer la habitación hasta el extremo más a la izquierda, abrió una pesada puerta de metal entrando así a un amplio baño, quizás incluso más grande que la propia habitación.

El ruido de agua cayendo contra agua inundaba la estancia al igual que las nubes de húmedo vapor, el especiado aroma de las velas que ardían lentamente sobre un pequeño saliente contribuyeron a relajarlo poco a poco.

Suspirando, desató las fundas de los cuchillos y las posó sobre la primera repisa que tenía a mano, sacó la daga

que todavía conservaba y la estudió detenidamente antes de volver a meterla en su funda con un sonido satisfecho. Los músculos de sus brazos y marcados abdominales se tensaron y relajaron en el proceso de quitarse la destrozada camiseta mientras caminaba hacia otro lado de la estancia. Su piel de un oscuro tono dorado brillaba por el efecto del vapor, los músculos de sus marcados pectorales se contraían al compás de sus movimientos haciendo que el fino e intrincado diseño tatuaba su clavícula serpenteara ligeramente.

Anchos hombros, un cuerpo duro y masculino, puro músculo y fibra todo en su justa medida, ni demasiado grande ni

demasiado delgado, su vientre plano estaba espolvoreado por un rastro de fino vello oscuro que discurrían hacia abajo hasta perderse en sus pantalones.

Chasqueando la lengua se llevó ambas manos a la cabeza, enterrando sus largos dedos en el rebelde y desigual pelo negro y alzó el rostro hacia el techo, tensándose y estirándose como si algo lo frustrara. Se llevó las manos a la cintura del pantalón y se deshizo de las ataduras que lo mantenían sujeto a la cintura, sus pies pelearon uno contra otro en el esfuerzo de quitarse las fuertes botas hasta lanzarlas de una patada hacia el otro lado de la habitación.

Necesitaba un baño, relajarse y sacar de

su mente a la endemoniada bruja de ojos verdes.

Deslizó el pantalón hacia abajo por unas estrechas caderas, dejando libre su sexo, unos duros y torneados glúteos y unas largas y fornidas piernas. Desnudo, apoyó las manos a ambos lados de una palangana con agua, su mirada quedó fija de su propio reflejo en el espejo, suspirando acarició distraídamente el collar de tatuajes que le recorría la clavícula y continuaba hasta terminar en ambos omoplatos.

—Esto debe terminar —se recordó a sí mismo al tiempo que sumergía ambas manos y se salpicaba la cara con el agua—. Son solo visiones, no es real...

Pues la patada que te pegó en el culo, era muy real, ¿recuerdas?

Gruñó ante la voz de la maldita conciencia. Sí, era real. No era producto de su imaginación, ni un ente que visitaba sus sueños, ella existía y era su presa. Su misión era darle caza... solo necesitaba dar con... el momento adecuado.

Satisfecho por el rumbo que tomaban sus pensamientos, palmeó la superficie de mármol de la palangana y se volvió hacia la zona más alejada del baño.

El suave borboteo del agua sonaba más fuerte en esa parte, el vapor había envuelto su cuerpo en una película

brillante al igual que humedecía las paredes, sus movimientos eran ligeros, felinos, llenos de sensualidad.

La amplia piscina de piedra humeaba ante él, el agua caliente caía desde la boca abierta de una cabeza de león, modelada en algún extraño metal, chapoteando en el oscuro recipiente del que escapaba en un ciclo interminable. El agua empezó lamiéndole los pies, luego las rodillas, acariciándole los duros muslos a medida que se sumergía en el agradable calor. Con un suspiro de placer se recostó contra la suave pared de piedra pulida, los músculos de su espalda se amoldaron a la nueva postura, dejando los codos apoyados

sobre el borde por fuera del agua. Buscó el paño que usaba para lavarse y lo encontró a escasos centímetros de su mano derecha, lo sumergió en el agua y empezó a pasárselo por el pecho con gesto perezoso.

Esa pequeña bruja lo había dejado exhausto, lo había vuelto loco con sus triquiñuelas, le había hecho correr de un lado a otro como un auténtico novato y no como el señor de la guerra que era.

Bufó y lanzó el trapo contra la pared.

—Un día, pequeña bruja, un día estarás a mi merced.

EL TESORO MÁS PRECIADO

La paz que tanto había ansiado llegó precipitadamente a su fin, la noticia llegó a como un murmullo, las exaltadas y excitadas voces femeninas inundaban las salas principales del harem llegando en retazos al frondoso jardín, no necesitaba mirar sus manos para sentir las temblar, aquel hombre provocaba en ella un miedo como ningún otro, el temor a perder aquello a lo que todavía se aferraba, el hálito de rebeldía que mantenía su corazón en libertad aunque su cuerpo y alma

yacieran encerrados desde hacía ya tres meses entre aquellas altas paredes. Su desdicha había sido vaticinada, ¿pero se la creyó? No. Qué mujer del siglo veintiuno iba a creer en supercherías tales como la nota de una galletita de la fortuna.

«Emprenderás el viaje de tu vida y encontrarás tu única prisión».

Oh, sí, el viaje había llegado en el momento perfecto, una forma tan buena como cualquier otra para huir y ocultarse a lamerse las heridas. No más miradas de compasión, no más “te lo dije”, nadie que la señalara como la mujer “incompleta”.

Una solitaria lágrima descendió por su mejilla al recordar las crueles palabras de su ex marido, el mismo hombre que la había lanzado a la calle con lo puesto a pesar de que había sido él quien había cometido infidelidad. Lo había visto con sus propios ojos, en la cama de matrimonio en la que había dormido durante los últimos tres años, el mismo tiempo que había permitido que un hombre manejara su vida... No volvería a permitirlo, jamás.

Pero decirlo ahora parecía ser mucho más sencillo que hacerlo.

Su inesperado viaje la había llevado a las ciudades y desiertos arábigos, un lugar tan hermoso como peligroso, lleno

de encanto, magia y una prohibida sensualidad, pero también de bandidos, escoria dispuesta a comerciar con las vidas humanas y venderlas al mejor postor. Su suerte había estado echada desde el mismo momento que fue secuestrada de uno de los bazares, un balazo en el hombro fue suficiente para disuadirla después de su segundo intento de escapar, mirando hacia atrás era un milagro que hubiese podido escapar.

Durante varios días todo lo que había visto había sido polvo y arena, el calor y la sed le habían cuarteado los labios, quemando y despellejando su piel clara, sumiéndola en ocasiones en una fiebre tan alta que todo en lo que podía pensar

era en morir para huir de aquel infierno.

Ni siquiera recordaba cómo había entrado, o quien la había llevado a aquel lugar, al principio creyó estar teniendo alucinaciones, reviviendo uno de los cuentos de las Mil y Una Noches, pero a medida que el tiempo pasaba y su salud se iba recobrando, entendió que había salido de un infierno para ir a caer en otro mucho peor.

Un ligero estremecimiento ascendió por su espalda ante la perspectiva de volver a encontrarse en su presencia, de mirar nuevamente aquellos ojos verdes que la recorrían como si fuese una propiedad, escuchando la ronca y sensual voz que había hecho que sus reservas se

esfumasen encadenándola con un poder mucho mayor que el de cualquier atadura, el de su voluntad.

Los gritos y las risas resonaron una vez más en el jardín, las mujeres que habitaban aquella jaula dorada esperaban ilusionadas su llegada, se pasaban los días mimándose, cuidando su piel, el cabello, adornándose con sus mejores prendas y joyas para llamar la atención de un hombre que no había hecho más que dedicarles cálidas sonrisas en las contadas ocasiones en las que recordaba hubiese visitado el harem.

Todas esperaban ansiosas sus escasas visitas deseando ser la afortunada en ser

llamada a su cama... todas excepto ella.

Sacudiendo la cabeza permitió que su larga y ahora cuidada melena castaña oscura se derramase por sus hombros desnudos, seguía sintiéndose prácticamente desnuda con aquellas breves ropas, pero el revelarse solo había traído consigo animosidad y dardos envenenados de las miradas de la mayoría de las mujeres del harem.

Ellas no entendían que deseara rechazar las atenciones del Sheik, no les cabía en la cabeza que la sola idea de compartir su cama la hiciera derramar lágrimas amargas, que no deseara engalanarse para verle llegando incluso a revolcarse en el barro solo para irritarlo.

No lo entendían porque nunca habían vivido como una occidental, ellas no comprendían la clase de libertad que deseaba por encima de todas las cosas.

—Zakiyaa.

Una suave y dulce voz femenina pronunció el nombre que le había sido dado nada más traspasar las puertas del harem, una identidad que esperaban aceptase como la única ley.

—Es Aliena.

La mujer suspiró con pesar, aquella parecía ser la respuesta a todas las cosas que ella decía.

—El Sheik ha llegado —continuó como

si no la hubiese escuchado caminando hacia ella—, ¿no vas a ir a recibirle?

Aliena se volvió con fiereza hacia la mujer, la única que había sido amable con ella. Zulena, hermana de aquel pedazo orangután con sobredosis de testosterona.

—Que lo reciban sus soldados, al menos encontrará sus armas enfundadas.

—Deberían destinarte una semana a las cocinas, quizás de ese modo encontrarías más atractiva la vida en el harem —la voz más ajada de otra mujer atrajo su atención. Aquella era una de las hembras que no entendían su animosidad hacia el hombre.

—Incluso el más sucio de los establos me parecería un lugar mucho mejor —farfulló en respuesta, su mirada siguiendo a la mujer que no dudó en darle la espalda y abandonar el jardín para salir al encuentro del príncipe.

—Kalhid ha estado fuera todas estas noches intentando llegar a un acuerdo con los demás sultanes —continuó la dulce Zulena—, no deseará encontrarse con tus uñas y dientes, pequeña, si no con tu dulzura.

Aliena se volvió hacia la joven árabe como si de repente hubiese perdido la cabeza o le hubiesen crecido cuernos.

—Lo que se encontrará será mis uñas en

sus testículos como vuelva a acercarse a mí —respondió entrecerrando los ojos—, y tendrá suerte si todavía los tienen en su lugar cuando las retire.

El jadeo colectivo a sus espaldas le dijo que algunas de las mujeres habían salido al jardín y habían escuchado su respuesta. Suspirando, se levantó y las dejó internándose en la espesura que la conduciría a un alto muro de piedra a través del cual podía ver el desierto.

—¡Está loca! Su alteza debería enviarla a las cocinas, solo Alá sabe lo que esa hechicera podrá hacer.

—Está perturbando la paz del harem.

—Es solo una extranjera y ni siquiera es hermosa.

«No eres más que una mujer incompleta, no hay ningún atractivo en ti, ni siquiera eres buena en la cama».

Aliena reprimió las lágrimas cuando las crueles palabras que había pronunciado su ex marido penetraron de nuevo en su mente, todavía podía recordar la satisfecha sonrisa en la cara de su amante mientras se lo decía, su risa mientras la echaba del hogar. Ella jamás había tenido nada, ni siquiera el amor de su marido.

—Debería sentirse honrada de que el Sheik haya accedido a visitarnos

después del incidente que organizó ella la última vez —oyó una nueva voz femenina—, son tan pocas las veces que entra al harem y muchas menos aún las que favorece a alguna de nosotras.

—El príncipe no había vuelto a entrar al harem desde la muerte de tu hermanita, Zulema —comentó otra—, e incluso entonces solo entraba para verla a ella.

Aliena sabía por Zulema que el hombre no solía visitar el harem, la mujer se lo había confesado en secreto cuando el Sheik solicitó su presencia en sus habitaciones, para ella había sido algo esperanzador, pues él no solía pasar el tiempo con las mujeres del harem.

—Solo quiero mi libertad, solo deseo volver a casa —susurró aferrándose con los dedos a las celosías del enrejado que hacía la función de muro—. Solo deseo alejarme de él.

Alejarse del único hombre que le había mostrado algo más que duras palabras y desprecio, aquel que sin embargo la mantenía prisionera en aquellas cuatro paredes y exigía su entrega y rendición completa.

—Jamás —murmuró nuevamente, sus nudillos volviéndose blancos bajo la presión—. No volveré a caer en su trampa, no otra vez.

Su primer encuentro había sido

cualquier cosa excepto aburrido, no por nada había intentado matarle. Ni siquiera lo había pensado, su desesperación había sido tal que en lo único que podía pensar era en escapar y lo habría hecho si los soldados del Sheik no la hubiesen reducido y golpeado hasta casi matarla si él no lo hubiese evitado.

La rabia que había visto en los ojos verdes del hombre no estaba dirigida a ella, si no a los hombres que se habían atrevido a levantar la mano contra ella, no, para ella él había tenido risas, un burlón sentido del humor y una voluntad de hierro capaz de doblegarla hasta introducirla en su cama.

Aquel había sido su primer error, uno que no estaba dispuesta a volver a cometer, jamás volvería a ser utilizada por un hombre, jamás.

—Mi díscola esclava huye de mi... otra vez.

La inesperada voz masculina a su espalda la hizo girar con brusquedad, su mirada se amplió al verle en toda su altura y corpulencia vestido tan solo con una floja camisa de color negro a través de la cual se veían la bronceada piel color canela, pantalones en el mismo color con un fajín color rojo rodeando su cintura y suaves botas de cuero cubriendo sus pies. Gotas de agua brillaban en su leonado pelo negro,

mientras que una sombra de barba cubría sus mejillas.

—Sal de ahí, Zakiyaa, no es momento para juegos.

Ella se apretó contra el muro, la piedra clavándose en su espalda mientras sus ojos mostraban un abierto desafío.

Khalid no sabía que lo sorprendía más, si el fuego de rebeldía en sus ojos o el temblor de aquel adorable y lujurioso cuerpo del que no había podido olvidarse, su sabor lo llevaba grabado en la boca al igual que la textura de su piel y la generosidad de su entrega, pero habían sido sus lágrimas y los gritos de sus pesadillas los que habían aumentado su resolución de hacerla completamente

suya.

Zakiyaa había sufrido en su vida anterior, y a juzgar por las palabras que le había escuchado en sueños, esa herida había sido hecha por algún hombre lo suficientemente estúpido como para no saber valorar el magnífico tesoro que tenía ante sí.

—No has venido a recibirme, mi pequeña kadí.

Aliena parecía querer mimetizarse con la pared.

—No tenía una hoja afilada a mano o lo habría hecho.

—Empieza a preocuparme esa vena

sanguinaria tuya, Zakiyaa.

—Es Aliena, solo responderé por mi nombre.

Khalid esbozó una lenta sonrisa.

—Zakiyaa es ahora tu nombre y yo soy tu amo.

El ligero temblor de su cuerpo se hizo más intenso, toda ella vibraba en belleza y furia, una hermosa visión, una valiente mujer.

—¡No eres mi amo! ¡Yo no soy tu maldita propiedad! ¡Esto es secuestro! ¡Soy una ciudadana americana y tengo mis derechos! ¡La embajada de mi país removerá cielo y tierra hasta dar

conmigo!

No, no lo haría, pero ella no tenía por qué saberlo. En realidad nadie había dado parte de su desaparición hasta que él mismo había reportado con las autoridades que la mujer estaba viva y bien y que permanecería como invitada en su hogar. Nadie había reclamado a esa hermosa y herida mujer, y si de él dependía, nadie más la reclamaría ni la heriría.

—Te gusta ponerme las cosas difíciles —aseguró ignorando su estallido femenino—. Pero sabes que en realidad a la única que estás poniendo en dificultades es a ti misma, Zakiyaa.

Sin darle tiempo a huir se acercó a ella manteniéndola prisionera contra la pared con su propio cuerpo, respirando su único aroma mezclado con los perfumes y aceites que las mujeres del harem preparaban.

—Ya estás perfumada, tu aroma es embriagador, Zakiyaa —le aseguró hundiendo la nariz en su cuello, sintiéndola estremecer—. ¿Temor, mi pequeña concubina? Creía haberlo borrado en el lecho, pero obviamente he sido descuidado.

—Por favor —la oyó susurrar, su cuerpo tembloroso contra el suyo.

Khalid se echó atrás para poder mirarle

el rostro, las lágrimas picaban ya en sus ojos, amenazando con desbordarse por sus mejillas.

—No deseo ver tus lágrimas, Zakiyaa — le susurró deslizando el pulgar para atrapar la solitaria gota que ya resbalaba por el rostro femenino—, demasiadas se han derramado ya de tus ojos, pequeña, solo deseo ver en ti felicidad.

Ella se lamió los labios, su mirada buscando la masculina.

—Entonces déjame ir —susurró, sus ojos ahora mostraban la misma súplica existente en sus palabras. Sus pequeñas manos se aferraron a su camisa—. Por favor, deja que me vaya, yo no

pertenezco a este lugar, lo sabes.

Khalid no estaba dispuesto a dejarla marchar, ni ahora, ni nunca.

—Cena conmigo, pequeña Zakiyaa —le pidió tomando sus manos y llevándoselas a los labios—, comparte mi mesa una noche más, mi cama... y me lo pensaré.

Ella retiró las manos de las suyas de golpe, el dolor y la humillación tiñendo de nuevo sus ojos como también un tenue brillo de rebeldía.

—Eres un canalla —respondió alejándose de él—, un ser despreciable, jamás iré voluntariamente a tu cama,

jamás me someteré a ti, ¿me oyes?
¡Jamás!

Sin decir una palabra más, se deslizó a través del jardín desapareciendo en la espesura, huyendo una vez más de él... y de su destino.

—Tendré tu voluntad, Zakiyaa —
murmuró para sí—, pero no a la fuerza.
Incluso el más bello y salvaje de los
sementales puede ser domado por una
tierna mano, pequeña cadí y yo te
domaré a ti.

Aliena pasó el resto del día en continuo estado de nerviosismo, el príncipe se había encargado de recordarle que no aceptaba una negativa por respuesta al

enviarle como obsequio una rosa del desierto, un extraño y hermoso fenómeno formada por distintas capas de yeso, agua y arena cristalizada que recordaba a una flor. Un recordatorio de que incluso en los lugares más inhóspitos podía encontrarse algo hermoso.

La idea de enviárselo de regreso pasó inmediatamente por su mente, solo para dar paso a una mucho mejor, lanzárselo ella misma a la cabeza. Estaba muy equivocado si pensaba que podría conquistarla y hacerla claudicar, el único regalo que aceptaría de él sería su libertad.

La noche llegó demasiado rápido para su gusto, pronto llegó el escolta que la

llevaría a las habitaciones del príncipe y una nueva batalla daría comienzo.

Aliena eligió cuidadosamente su vestimenta para tal encuentro cubriéndose de pies a cabeza con metros y metros de seda negra que si bien insinuaban más que cubrían, casaba perfectamente con su actual humor.

Velas aromáticas y otros ornamentos luminosos la recibieron en las habitaciones principescas, una de las estancias más grandes de la enorme construcción que poseía también un pequeño jardín, un capricho según le había dicho la amable Zulema.

—Ah, ya estás aquí —la recibió saliendo del jardín con un cáliz en las

manos. He allí un hombre que disfrutaba del buen vino, sin tener en cuenta sus tradiciones. Su mirada verde la recorrió por entero y una sonrisa irónica cruzó su rostro—. Sin duda el negro te sienta espléndidamente, mi querida.

—Hacía juego con mi humor —le respondió ella y desenvolviendo la tela en sus manos, dejó a la vista la rosa del desierto un instante antes de que esta saliese disparada por el aire como un proyectil directo a la cabeza del Sheik.

Afortunadamente Khalid poseía unos rápidos reflejos y esquivó la piedra, la cual traspasó el umbral hacia el jardín y a juzgar por el sonido, se rompió en pedazos.

—De acuerdo, no volveré a enviarte un obsequio que sirva como arma arrojadiza —respondió de buen humor, su mirada recorriendo la figura envuelta en seda—. Puedes quitarte el velo, Zakiyaa.

—Preferiría ahorcarte con él —musitó ella retirándose el velo que le cubría la cabeza y el rostro, dejándolo alrededor de su garganta como si se tratara de una bufanda.

El hombre sonrió, su pequeña kadí estaba realmente encendida aquella noche. Vestido de pies a cabeza de blanco, Khalid era el contrapunto perfecto de su negro atuendo resaltando la oscuridad de su pelo así como su

bronceada piel, sus pies calzados por unas cómodas babuchas no hacían ruido sobre el alfombrado suelo.

—He notado que te gusta el jardín, ¿desearías explorar el de estas habitaciones?

Ella deslizó la mirada sobre el frondoso vergel que se vislumbraba al otro lado de la arcada, entonces se volvió hacia él.

—Deseo que me liberes —respondió con suave contundencia—. Si no vas a hacerlo de tu yugo, al menos libérame de tu presencia.

Suspirando, Khalid negó con la cabeza,

aquella mujer podía llegar a ser casi tan exasperante y terca como el nuevo semental que le habían regalado en el mismo momento que aquella hermosa beldad entró en el harem.

La primera vez que la había visto había estado aporreando la pared del jardín, sus modales no tenían nada que ver con el sumiso y cálido comportamiento de las mujeres de su tierra y ello había llamado su atención. Ella había sido el motivo principal por el que había vuelto a entrar en el harem, un lugar del que había renegado después de la muerte de la menor de sus tres hermanas. Zulema había entendido su dolor y a menudo dejaba el harem para encontrarse con él

y jugar una partida de ajedrez, su hermana mayor siempre había como una madre para él, lo cual tenía sentido ya que él no había conocido a la suya y su padre había caído en una escaramuza contra unos contrabandistas varios años atrás. Él se había convertido en el nuevo Sheik, un puesto que con gusto habría cedido si no fuese el único barón vivo en la familia.

Zakiyaa representaba todo lo que deseaba en una mujer, la fuerza de carácter, la valentía de expresar sus deseos y no someterse al yugo de ningún hombre, ser su compañera, su igual, la afilada lengua de la muchacha y sus continuos desafíos habían despertado su

interés y estaba dispuesto a todo por tenerla, incluyendo el devolverle su libertad.

Su primer encuentro había sido tormentoso, satisfactorio para ambos, pero ahora se daba cuenta, también había sido apresurado, a esta noble mujer solo podía conquistarla con ternura, con suavidad y amor, aquello que le había sido negado en su anterior vida.

—No puedo dejarte en libertad, Zakiyaa—
—respondió caminando hacia ella, su mirada fija en la femenina—, no deseo hacerlo, eres la joya más valiosa de mi harem, mi tesoro máspreciado.

Ella se puso rígida, su cuerpo estremeciéndose ante su proximidad pero no claudicó ni dio un paso atrás, alzando su firme barbilla lo enfrentó como una tigresa.

—Nunca seré una pertenencia para ti — aseguró con voz firme—, ni para ningún hombre, nunca volveré a doblegar mi voluntad ante nadie... si deseas conservarme, muy pronto te encontrarás con un cadáver en las manos.

Aquello molestó a Khalid, por encima de todas las cosas él amaba la vida.

—No digas eso ni en broma, Zakiyaa — respondió con gesto adusto acortando la distancia entre ambos.

Ella rechinó los dientes.

—Aliena —siseó—, mi nombre es Aliena... ¡Me has oído! ¡A—li—e—na! ¡Deja de llamarme por ese estúpido nombre árabe! ¡Soy americana!

Khalid no solo no respondió a su estallido, si no que se dio el lujo de caminar a su alrededor, cogiendo un extremo de la tela que le había cubierto el pelo y el rostro tiró de ella para dejarla con tan solo el breve chalequito que a duras penas contenía los pechos y el pantaloncito de gasa que cubría sus piernas, dejando a la vista unas brillantes braguitas negras que destacaban bajo la tela. Su pelo castaño oscuro caía suelto por sus hombros y

espalda.

—Ven conmigo al jardín —le dijo él pasando a su lado sin tocarla siquiera. Khalid no se molestó en ver si lo seguía, se limitó a traspasar el umbral y penetrar en la tupida espesura.

Respirando profundamente, Aliena echó un vistazo hacia las puertas por las que había entrado jugando con la idea de marcharse y dejarlo plantado, pero entonces sabía que el hacerlo solo le daría más problemas y aquello era lo último que necesitaba en aquellos momentos.

—Maldito principito pomposo — masculló antes de dirigirse a zancadas

hacia el jardín.

Khalid la vio entrar intempestivamente en sus dominios, oculto en uno de los muchos pasadizos naturales la contempló a placer, sonriendo ante el gesto adusto presente en su rostro y como sus ojos se deslizaban poco a poco sobre las plantas y flores hasta relajarse por completo.

—Disfrutas de la vida en la naturaleza, pero has considerado si quiera por un momento seccionar la tuya —la voz masculina penetró a través de cálida noche.

—Preferiría con mucho acabar antes con la tuya —masculló volviéndose

alrededor, tratando de ver dónde estaba él.

Khalid se rio.

—Guarda las garras, mi pequeña tigresa —le dijo con tono divertido—, no son necesarias entre nosotros.

Aliena deslizó la mirada por el follaje tratando de adivinar de dónde procedía la voz.

—No hay ningún nosotros.

Un suave susurro en su oído la hizo sobresaltarse al escuchar.

—Tan pronto has olvidado el tiempo pasado en mi cama.

Ella se volvió como un rayo pero él ya no estaba allí.

—Es algo que hago todo lo posible por olvidar.

Otra suave risa.

—Mentirosa —oyó su voz procedente del otro lado del jardín—. Lo has disfrutado tanto como yo, Zakiyaa.

—Vuelve a llamarme así y juro por dios que te tragarás los dientes —siseó más para sí misma que para él—. ¿Es necesario que juguemos al escondite? Esta mañana hablaste de una cena.

Khalid la sorprendió rodeándole la cintura desde atrás, atrayéndola contra

su fuerte pecho al tiempo que vertía su aliento en el oído femenino.

—Tú eres el plato principal, mi pequeña kadí —le susurró besándole el pabellón de la oreja—, el postre y todo lo que necesito para saciarme, de ti podría alimentarme toda la vida y nunca morir de hambre ni de sed.

Ella se quedó rígida en sus brazos recordándole que debía actuar con cuidado, ganársela con ternura, sin imposiciones.

—Permíteme demostrártelo, kadí, déjame curar las heridas en tu alma, entregarte una clase distinta de libertad —le susurró con suavidad.

Ella cerró los ojos con fuerza luchando con las sensaciones que la recorrían, su aroma, su cercanía traía recuerdos de otro momento, uno por el que no deseaba volver a pasar.

—No.

—Zakiyaa...

—No.

—Permíteme que te haga el amor — insistió haciendo oídos sordos a su negativa—, seré suave, te amaré lentamente, a ti, solo a ti.

Ella se estremeció, Khalid notó como templaba entre sus brazos.

—Pequeña...

Ahogados sollozos llegaron a sus oídos rompiéndole el corazón, no iba a forzarla a aceptar algo para lo que todavía no estaba preparada, pero no se rendiría, nunca se rendiría.

—De acuerdo, Zakiyaa —respondió con un nuevo suspiro dejándola ir—, vuelve a tus solitarios aposentos, duerme en tu solitaria cama y compadécete de ti misma todo el tiempo que así lo desees, pero debes saber, kadí, que eso no cambiará nada.

Ella se volvió lentamente hacia él, las lágrimas bañaban su rostro tal y cómo había supuesto.

—Khalid...

El oír su nombre en boca de ella era un regalo inesperado, pero no le hizo cambiar de idea, por el contrario le dio la espalda y se internó en el jardín.

—No robaré aquello que no estás dispuesta a dar libremente —respondió sin más—, no mendigo por unas migajas. Puedes retirarte de nuevo al harem.

Aliena dio media vuelta dispuesta a aprovechar aquel inesperado regalo pero al llegar al umbral de la puerta vaciló, su mirada volvió atrás pero no había rastro del príncipe.

—No lo hagas —murmuró para sí

misma—, te ha dado la excusa perfecta, no regreses.

Sacudiendo la cabeza, suspiró y regresó con paso lento hasta el inicio del jardín.

—Khalid, te lo ruego —se encontró susurrando—, déjame ir, libérame.

—Vete al harem, Zakiyaa.

Su voz llegó apagada desde algún lugar en el fondo del jardín, dándole una nueva oportunidad de huir, de replegarse para poder luchar un día más, pero no lo hizo.

—Me dijiste que si compartía tu cama una vez más me dejarías ir —murmuró recuperando las palabras que él había

dicho horas antes, internándose entre la espesura del jardín.

—Dije que me lo pensaría —su voz sonó ahora más cerca, la luz de la luna iluminaba una pequeña fuente al lado de la cual se había sentado—, pero ambos sabemos que no podré mantener mi palabra por qué no podré dejarte ir.

Ella se lamió los labios y se acercó a la fuente.

—Tienes que hacerlo.

—No, Aliena —negó utilizando su verdadero nombre por primera vez—, que Alá me condene pero no voy a hacerlo por qué dejarte ir sería dejar ir

parte de mi alma.

El hombre se levantó entonces y se acercó a ella, Aliena deseaba retroceder, alejarse de su contacto pero permaneció inmóvil.

—Lucha incansablemente, pequeña kadí, ódiame con todas tus fuerzas si eso hace que puedas amarme con igual intensidad por qué haré hasta lo imposible por tenerte, Aliena y solo cuando me pertenezcas por entero, podré concederte la libertad.

Aliena lo contempló durante unos interminables segundos, sus ojos nunca abandonaron los suyos y finalmente respondió.

—¿Me tomarías en contra de mi voluntad?

Khalid negó con la cabeza.

—Jamás.

Ella buscó la verdad en sus ojos.

—Nunca te perteneceré.

Él le sonrió con esa masculina confianza suya.

—Lo harás.

Aliena sacudió la cabeza con un profundo suspiro.

—Lucharé contra ti.

Khalid sonrió una vez más mientras le cogía la barbilla con los dedos.

—Lo sé —aceptó con total confianza—. Serás mía, Aliena, no por imposición, no por mandato, serás mía porque así lo desearás.

Ella negó con la cabeza.

—La confianza ha sido la caída de muchos hombres.

—O el máspreciado de sus tesoros —le aseguró acercando el rostro femenino al suyo a escasos centímetros de sus labios—. Y tú, mi adorada kadí, eres el mío.

La batalla no sería fácil de ganar, pero Khalid estaba dispuesto a hacer todo lo

que estuviese en su mano para que ella le perteneciera por voluntad propia y tal como le había prometido, alcanzase la libertad.

***ESTO ES SOLO EL PRINCIPIO,
PRINCESA***

—Nunca sospeché que te gustasen esta clase de juegos.

¿Cómo podía alguien tener tan jodidamente buen aspecto desnudo de la cintura para arriba y atado al maldito cabecero de la cama?

Julie tragó mientras se recreaba con toda esa superficie de ángulos e hinchados músculos, un rastro de vello le salpicaba los pectorales y descendía acariciando los marcados abdominales para recalar en su ombligo. Se obligó a parar allí, a ignorar el cúmulo de saliva que se le agolpaba en la boca y la llevaba a tragar convulsamente. Apartar la mirada, eso era lo que tenía que hacer, apartar la jodida mirada y no pensar en la enorme estupidez que había cometido.

Mierda, ¿quién en su sano juicio ataba al imbécil de su jefe a la cama?

Lo suyo no era normal, había perdido una tuerca o, quizá, la caja de

herramientas entera.

¿Por qué le había hecho caso a esa psicótica, para empezar? Brenda podía ser su mejor amiga, llevar cinco años trabajando en su misma empresa, pero a la hora de repartir las neuronas inteligentes, la pobre había estado la última en la fila.

—Venga, Julie, será divertido, ¿cuánto hace que no te corres una juerga como dios manda?

La respuesta había surgido por sí sola, un perenne recordatorio de lo que le había supuesto soltarse la melena.

—Mi última juerga me llevó a casarme

con un gilipollas y dejarme la mitad de mis ahorros en el divorcio —replicó.

—¡Divorcio que acabas de conseguir! Hay que celebrar que estás de nuevo en el mercado de las mujeres solteras y que mejor que hacerlo con una polvo-fiesta.

—¿Polvo-fiesta?

—Un polvo de desquite, uno de celebración y otro de liberación.

—Esos son demasiados polvos...

—¿Y? Eso es precisamente lo que lo hace interesante y toda una aventura.

Aventura que la había llevado a la fiesta anual de la empresa, a pasar media

noche restregándose contra todo ejemplar masculino, tener una interesante conversación filosófica con la botella de vino blanco y terminar en una habitación del mismo hotel, con el hombre que ahora estaba atado al cabecero de la cama; Aidan Cassidy, su jefe.

¿Por qué demonios no le había reconocido? Sí, se trataba de una fiesta de disfraces, pero no reconocer al hombre por el que llevaba suspirando en secreto varios años y para quién trabajaba, no era precisamente la mejor forma de demostrar su inteligencia.

Él se había hecho cargo de la firma tras la asimilación por una compañía

extranjera. Bajo su dirección se habían triplicado los ingresos y aumentado la productividad, era un verdadero tiburón de los negocios y ella era su asistente. Sin embargo, nunca la había mirado como otra cosa que su secretaria, ¿y ahora estaba en su cama?

Iba a matarla, cuando se diese cuenta de quién era la que se escondía detrás de la máscara veneciana que no se había quitado y la peluca que escondía su pelo natural, la mataría o, como mínimo, la pondría de patitas en la calle.

—Si ya has terminado de recrearte conmigo, ¿qué tal si me desatas?

La risa estaba presente en esa sensual

voz, la forma en la que la miraba distaba mucho de la de alguien preocupado, por el contrario, parecía estar disfrutando demasiado de su condición de cautivo.

Tragó saliva y se dio el lujo de echar una furtiva mirada a ese cuerpo de pecado, los hombros abultados por la tensión de sus brazos, los largos y elegantes dedos cerrados en sendos puños, la cabeza morena apoyada contra las almohadas y el cabecero, esos fieros ojos verdes posados sobre ella mientras toda esa piel de un suave tono canela vibrante y apetecible le rogaba ser acariciada...

—Creo que todavía no me he recreado lo suficiente.

Una sonora y profunda carcajada surgió de la sensual garganta, sus ojos brillaron y se lamió los labios al tiempo que giraba las muñecas probando, una vez más, las ataduras; demonios, ¿por qué no habría prestado más atención a la creación de nudos en el campamento de verano? Mejor aún, ¿por qué diablos lo había atado?

Señor, estaba metida en un buen lío, uno protagonizado por un hombre de lo más sensual y con un cuerpo de infarto.

Aidan lo estaba pasando realmente bien. Esa mujer era la realización de todos sus sueños eróticos. No le engañaba, no lo había hecho ni por un solo segundo. Llevaba demasiado tiempo observando

cada movimiento, cada pequeño mohín que hacía con los labios mientras estaba detrás del ordenador o concentrada en alguna tarea; Julie Carson se había convertido en su particular infierno desde el momento en que se hizo cargo de esa pequeña empresa y ella se convirtió en su asistente personal.

La mujer lo había cautivado desde el primer momento en que la vio en esa sala de reuniones, el deseo había rugido en sus venas y se había visto obligado a apartarlo al saber que estaba casada. Pero ese pequeño escollo había quedado por fin atrás. Se había divorciado recientemente lo que la dejaba de nuevo en el mercado y libre para él.

El verla aparecer esa noche fue el premio que había estado esperando, uno a la paciencia y a mantener el deseo a raya. Vestida con un sensual corsé rojo que le apretaba y erguía los senos y una falda larga negra recogida en uno de los lados, con una media máscara veneciana ocultando su identidad y la elaborada peluca pelirroja, su conservadora y eficiente asistente se había transformado en una cortesana a la que estaba deseando devorar.

Asistir a sus coqueteos y esa bonita sonrisa dirigida a otros hombres lo había puesto al borde, ni siquiera sabía que contaba con esa clase de celos en su interior hasta que la vio restregarse en

un sensual baile con uno de los chicos de recursos humanos; las ganas de pegarle un puñetazo a ese idiota y arrebatársela habían sido tan grandes que tuvo que obligarse a abandonar la sala y evitar así dar un espectáculo.

Sin embargo, la noche le reservaba un indulto en la forma de la mujer deseada, una bastante achispada y que caminaba con una copa en la mano en su dirección.

—Su majestad —ronroneó ella acercándose a él y cogiéndolo por sorpresa al posar las manos sobre las solapas de la chaqueta de estilo francés que había elegido para esa velada—. Habéis abandonado el baile antes de que pudiese llegar a vos... ¡qué falta de

cortesía!

Sus labios rojos por el carmín se habían curvado en un mohín mientras presionaba los comprimidos senos contra su pecho y alzaba el rostro hasta que sus ojos se encontraron a través de las máscaras que ocultaban sus identidades.

—Imperdonable por mi parte haberos descuidado, madame —correspondió con media sonrisa, rozando sin poder evitarlo esas llenas y sonrojadas mejillas—, pero ya veo que vos estáis dispuesta a evitar que siga ocurriendo.

Se echó a reír, un sonido claro y musical, su aliento le llegó con un ligero

olor a vino signo inequívoco de que había bebido más de la cuenta.

—Un beso y estás perdonado —
ronroneó ella, sonrió nuevamente y se apoyó en sus antebrazos para alcanzar su boca.

No le dio tiempo para echarse atrás, tomó lo que le ofrecía y lo hizo a conciencia. Había pasado demasiado tiempo fantaseando con su sabor, en cómo sería tocar sus labios, hundir la lengua en su boca y ahora cualquier fantasía quedaba en pañales ante la caliente realidad.

—Um... —se lamió los labios al separarse, sus ojos destellaban de deseo

a través de los huecos de la máscara—, quizá un beso no sea suficiente.

Enarcó una ceja con cierta diversión. Aquella era una reflexión que él también compartía.

—Una opinión que sin duda comparto.

Ese primer coqueteo lo motivó a arrastrarla hasta su propia habitación. Le devoró la boca, probó su cuello, mordisqueó cada centímetro de piel mientras sus manos la moldeaban, se deleitó con su sabor y con los pequeños ruiditos que escapaban de sus labios y la sedujo, del mismo modo que ella lo sedujo a él, al conducirlo a la cama y permitirle, en un caliente y arrogante

intercambio de poder, que lo atase con los cordones de las cortinas.

Y allí estaban ahora, él excitado, su erección empujando contra el pantalón y ella mirándole con esos ojos de gacela. La inteligencia y el reconocimiento bailaban en sus pupilas mientras apretaba la máscara que le había quitado y que desvelaba su identidad, mientras lo veía reírse por el descarado y sincero comentario que había dejado escapar en voz alta.

—En ese caso, deberías acercarte un poquito más para poder disfrutar de una visión mucho más cercana... princesa.

Julie parecía sentirse segura detrás de

esa máscara, pensando que su disfraz seguía en su lugar impidiendo que él la reconociese. Se preguntó si le deseaba tanto como lo hacía él, si esas miradas furtivas que había creído ver en su horario laboral significaba algo y, ahora que la tenía en la misma habitación, estaba dispuesto a salir de dudas.

Se acomodó y tiró una vez más de los cordones sonriendo íntimamente al sentir cómo se aflojaban, su pequeña asistente podía ser fantástica en el trabajo, pero no tenía ni idea de cómo hacer un nudo decente.

—¿No quieres otro beso? —la tentó bajando el tono de voz, atento a cada una de sus respuestas.

Vio como vacilaba, su cuerpo parecía desear una cosa mientras su mente, todavía obnubilada, intentaba procesar otra.

—Solo... solo un beso más...

Reprimió una sonrisa, permaneció inmóvil y a la espera, cada movimiento femenino parecía contribuir a su excitación, una que no escondía ni se molestaba en disimular. El colchón se movió bajo el peso femenino, una de esas delicadas manos se posó sobre la almohada, lo suficiente cerca de él, pero sin llegar a tocarle. Sintió su aliento cuando acercó el rostro, los labios entreabiertos húmedos y dispuestos a escasos centímetros de los suyos eran

una tentación demasiado grande para resistirse y él ya estaba cansado de hacerlo. La deseaba y esa mujer iba a ser suya.

—Eres pura tentación, Julie —la sorprendió pronunciando su nombre—, una a la que ya me he cansado de renunciar.

Cualquier posible gesto o respuesta por parte de ella quedó totalmente eclipsada bajo el asalto de su boca, la penetró con la lengua y degustó la miel que le pertenecía.

Julie se quedó sin respiración y, si alguien tuviese la oportunidad de tomarle el pulso, posiblemente habría

descubierto que su corazón había dejado de latir.

La había reconocido. Sabía sin lugar a dudas quién se escondía debajo de la máscara y del sensual vestuario con el que había intentado escudar su identidad. Gimió en su boca, pero no estaba segura de si se debía al placer que despertaba en ella o al horror que suponía el saberse descubierta por él. Se impulsó para alejarse de él, pero un inesperado movimiento hizo que todo su mundo diese un vuelco y se encontrara ahora de espaldas sobre la cama, con Aidan parcialmente sobre ella. Esos sensuales labios se curvaron poco a poco en una satisfecha sonrisa, sus ojos

buscaron los suyos al mismo tiempo que la mano que se había liberado le arrancaba la máscara dejándola totalmente expuesta.

—Y este es el rostro que quería ver — comentó sin dejar de mirarla, le acarició la mejilla con los nudillos y enterró los dedos en la elaborada peluca liberándola del pesado artilugio—. Mucho mejor. Así, sin artificios...

—Señor Cassidy, yo...

Chasqueó la lengua y posó un dedo sobre sus labios silenciándola.

—Conoces mi nombre, Julie —le recordó con voz firme y sensual—. ¿Es

necesario que te haga gritar para escucharlo de tus labios?

Se tensó bajo su contacto, era incapaz de moverse, su cerebro se había derretido completamente mientras su cuerpo decidía por sí mismo fundirse con el suyo.

—No —negó con voz ahogada.

La sonrisa le alcanzó los ojos, descendió sobre ella y le acarició los labios con su aliento.

—En ese caso, veamos si puedo hacer que lo gimas, princesa —ronroneó apropiándose una vez más de sus labios.

Y maldito fuera, no tendría que hacer

demasiado para arrancar tal respuesta de su boca, pues su cuerpo ya estaba cantando su nombre.

Horas después...

Aidan se puso la chaqueta del disfraz sin dejar de mirar a la deliciosa hembra que dormía en la cama de su habitación de hotel, había despertado al escuchar el sonido de su teléfono que le recordaba la reunión que tenía prevista para primera hora de la mañana. Odiaba tener que abandonar el lecho después de una noche tan plena y especial, pero había cosas que no podían evitarse, por muy deseable que fuese la compañía.

Se detuvo al lado de la cama y observó

a su amante en su apacible sueño. Había sido mucho más de lo que jamás soñó, una hembra caliente y dulce, un mimoso regalo que se le había metido debajo de la piel llegándole al corazón.

¿A quién quería engañar? Hacía años que Julie se había metido en su corazón, había residido allí incluso sin pedir permiso, un anhelo intocable que le estuvo prohibido hasta ahora. Se había enamorado de ella como un tonto, había sufrido al verla sufrir, se había enfadado y descargado su frustración en el trabajo ante la palpable infelicidad que la rodeaba, pero todo aquello había quedado atrás, ahora tenía una oportunidad para ser él mismo e ir a por

lo que quería; la mujer que ahora se revolvía entre las sábanas.

—¿Aidan?

Sonrió ante su tono somnoliento, se inclinó sobre la cama y le apartó el pelo de la cara viéndola parpadear.

—Shh, duerme —le acarició la nariz—, hablaremos después.

Ella se revolvió, incorporándose, la sábana resbalando de su cuerpo dejándole degustar una vez más esa adorable y apetecible visión mientras los cálidos ojos lo miraban con visible preocupación.

—¿Lo haremos?... —La preocupación

en su voz no le pasó desapercibida. Sentándose a su lado le cogió la barbilla y le acarició el labio inferior con el pulgar.

—Este es solo el principio, princesa — le susurró al oído y la besó en la mejilla —, uno para el que espero no encontremos final.

La besó una última vez, le recordó lo hermosa que era a sus ojos y abandonó la habitación sabiendo que cuando volviera, se esforzaría por conceder a esa adorable y sensual mujer, la felicidad que se merecía.

*La Huida by Kelly Dreams :Micro
relato:*

«A menudo el matrimonio es un mal necesario, hijo, uno al que acabas por acostumbrarte. Cuando te llegue el momento, busca a una mujer que pueda desearte con el mismo ímpetu que odiarte, pues tendrás en ella una fiera aliada que defenderá tu casa, tu vida y la de vuestros hijos».

Si su padre estuviese todavía entre ellos, ahora se revolcaría por el suelo de la risa al ver que su esposa lo deseaba con tal ímpetu que había desaparecido a la mañana siguiente de

su boda para ir en busca de un maldito caballo.

Connor observó con gesto sombrío el bulto que culebreaba delante de sus pies. Envuelto en tartán y rodeado varias veces con una soga, todo lo que podía apreciarse del apretujado regalo era una mata de pelo rojizo en una esquina y unos pequeños pies descalzos en la otra. Sordos chillidos emergían de la tela con el suficiente ímpetu como para que pudiese calibrar el estado de ánimo de la desafortunada presa. Deslizó la mirada hacia el hombre que aguardaba estoico a su lado, este poseía tres marcas rojizas y ensangrentadas cruzándole la mejilla, así como un

visible desgarro en la camisa que se oscurecía allí dónde la inesperada hoja de un cuchillo le había cortado la carne. No era el único, el resto de la partida encargada de traer de regreso a su díscola esposa no estaba en mejores condiciones.

—Una sola mujer ha podido con tres de mis mejores guerreros —murmuró con ironía—. No sé si sentirme ofendido por la debilidad de mi clan o enorgullecerme por las agallas de mi esposa.

Se elevó una nueva andanada de sonidos procedentes del fardo en el suelo que ahogaron los resoplidos y diversos gruñidos que recibió en respuesta de los

hombres.

—¿Tienes algo que decir, muchacha? — sugirió al tiempo que sacaba el cuchillo de la bota y cortaba las sogas que la envolvían.

Una a una las cuerdas cedieron y su prisionera comenzó a luchar por salir de entre los pliegues del tartán. Pronto tuvo ante sí dos hermosos y vibrantes ojos verdes que prometían represalias, la pequeña boca de labios finos apretados en una firme línea se dividió para tomar la primera bocanada de aire puro.

—¡Maldito desgraciado! ¡Excremento de oveja!

Enarcó una ceja ante la retahíla de palabrería de la mujer.

—Me honras, esposa —se burló. Con maestría hizo a un lado la tela y la ayudó a abandonar el capullo en el que estaba prisionera—. Espero que tu viaje haya sido tan provechoso como agradable...

La miró, deleitándose en la menuda figura femenina, en sus formas, el movimiento de sus pechos al subir y bajar con cada respiración y supo que aquel era tan buen momento como otro para dejar claro a su díscola mujercita quién era el que daba las órdenes y quién las obedecía.

—Porque no volverás a hacer otro en

mucho tiempo —aseguró. Y para que no pudiese dudar de sus palabras, se inclinó y se la echó al hombro.

Atravesó el salón entre alaridos e insultos de su esposa, recibiendo satisfechas sonrisas de sus hombres y obteniendo silencio solo cuando su ancha mano cayó sobre las tiernas nalgas... un silencio que duró tres segundos.

La Elección by Kelly Dreams (Micro relato)

—Clávalo. Atraviesa este pulsante

órgano, hasta que la empuñadura roce el pecho y todo lo que notes sea el calor de la sangre goteando por tu delicada mano. —Él se inclinó hacia la hoja que amenazaba con terminar su vida aquí y ahora—. Siente el calor de ese líquido carmesí tiñendo tus dedos, dejando una mancha en tu alma que nada podrá borrar mientras vivas. No, ¡que nadie borraré en toda la eternidad!

—¡Cállate!

Una risa desprovista de humor hizo eco en la oscuridad de la noche. Sus dedos apretaron con fuerza la empuñadura del frío metal que presionaba contra la oscura camisa, justo a la altura del corazón.

—Nunca supiste rendirte a tiempo —le musitó al oído consiguiendo que se estremeciera cómo nunca lo había hecho antes. No podía pasar por alto el peso de aquel enorme cuerpo que empujaba contra el cuchillo en sus manos, contra la muerte.

—¡No! —Tiró con fuerza. El cuchillo resbaló de sus manos y el sonido del metal encontrándose contra la piedra se extendió por la habitación.

—¿No deseas matarme?

Lo miró con rencor, nada de lo que hiciera podría arrancar la agónica verdad que yacía en su pecho.

—Entonces, muchacha, tendrás que aprender a amarme.

Y lo haría. Su alma ya estaba condenada, no importaba que tan bajo cayese ahora, su destino era él.